

I. Estado y poder	15
1. La tarea del sabio	15
2. Circunstancias de la revolución	18
3. Latinoamérica integrada	20
4. Gobernar firme	21
5. La talla del político	23

I. ESTADO Y PODER

1. *La tarea del sabio*

La diversa valoración que la vida y la obra de Simón Bolívar han tenido, y que ha sido hecha desde tantas perspectivas, parecería agotada a estas alturas, por lo que será muy poco lo que pueda agregar al conocimiento del personaje, a quien se ha visto en todas sus actividades, hasta la más íntimas y en rigor infranqueables, y en todos sus matices; siendo el aspecto aquí abordado —el de estadista— uno de los más comúnmente tratados, sin tener el presente más originalidad que la apreciación personal —y que por lo sucedido a otras biografías notables, tampoco es motivo de asombro— de contrastar el acierto del estadista con el fracaso del político, o sea, la muy corriente incoherencia de que el talento visionario no vaya acompañado del pragmatismo para alcanzar el poder, o para retenerlo, con el fin de reconducir la historia; y es porque la verdad, que es la tarea del sabio, no se acomoda con la astucia, que es la corrupción de la inteligencia política, pues así como se deforma el técnico por el tecnócrata, también el estadista es suplantado por el oportunista. No era hombre para un periodo electoral, “mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro”,¹ como decía la expresión martiana.

Es precisamente Martí el que exclamaba: “porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene

¹ Martí, José, *Bolívar, San Martín y Washington*, Argentina, Kapeluz, 1944, p. 11.

que hacer en América todavía”.² Pero esta tarea no resultaba factible ni para Bolívar porque, como lo justifica Graciela Soriano,³ él había destruido un orden tres veces secular y era imposible que pudiera instaurar uno nuevo en tres años. Y lo era aún menos cuando esta realización le exigía hacerlo desde la cúspide del poder, en la que para sostenerse no precisaba de la claridad de sus ideas ni de la nobleza de sus fines, sino de practicar los halagos, las concesiones, la simulación y el engaño, artificios seductores de sus generales, de sus caudillos, de sus togados y de los grupos de presión, ansiosos de recompensas al ego o al bolsillo. Y es que el estadista Bolívar no encuentra en el Bolívar político el punto de apoyo necesario, puesto que la naturaleza genuina de aquél había de chocar con la impostura que a éste le repugnaba y que se negó adoptar.

Si hemos de entender que político es “el sujeto versado en las cosas del gobierno y negocios del Estado”,⁴ entonces Bolívar lo era sobradamente y lo conceptuamos como sinónimo de estadista. Pero cuando el vocablo se refiere a persona dotada de perspicacia, agudeza, habilidad y frialdad para alcanzar el poder por el poder mismo, con indiferencia de un proyecto histórico para realizar, él no era de esa clase, porque no improvisaba ni se acomodaba. Era un pensador y un hombre de acción.

Indiscutiblemente fue una de las inteligencias más esclarecidas de su tiempo, cuya cultura enciclopédica se palpa en los testimonios vivos de su creatividad política. Se dice que estuvo influido por la Ilustración y por los arquetipos constitucionales y políticos de Inglaterra, de los Estados Unidos de América y de la gaditana de 1812. Pero su cultura fue más vasta, pues tenía conocimientos: clásicos, de historia antigua y precolombina americana, de ciencias económicas y sociales. Indudable-

² *Idem*, p. 13.

³ Soriano, Graciela, *Introducción a escritos políticos de Simón Bolívar*, Madrid, Alianza, 1975, p. 7.

⁴ Nájera Farfán, Mario Efraín, *Máximas mínimas para un gobernante ideal*, Guatemala, Eros, 1972, p. 12.

mente conoció los grandes de la literatura, pues, de otra manera, no se explicaría la elegancia de su palabra y la corrección de su gramática. Tenemos aquí la primera condición de un estadista: posesión de una cultura, que como a José Cecilio del Valle, su contemporáneo y también mal político, le dotaba para comprender la estructura social de su tiempo y prever los procesos futuros. ¿Por qué un verdadero estadista requiere una cultura sólida? La respuesta la puede dar Henry Kissinger con estas palabras:

Es una ilusión creer que los dirigentes ganan en profundidad a medida que ganan en experiencia. Las convicciones que los líderes han adquirido antes de llegar a los altos cargos, son el capital intelectual que consumirán mientras estén en funciones. Los líderes tienen poco tiempo para reflexionar. Se encuentran atrapados en una batalla interminable, en la que lo urgente se impone constantemente. La vida pública de toda figura política es una lucha continua para rescatar un elemento de opción, de la presión de las circunstancias. O sea, diciéndolo más expeditivamente, una vez llegado al poder no tiene tiempo para el aprendizaje.⁵

Esa cultura política le permitió tener comprensión cabal de América, de sus problemas clave y de prospectiva para prever su difícil futuro, que angustiada pero infructuosamente trató de aliviarle. Para principiar, se lamentaba de que en materia de estadística —técnica por aquellos tiempos de utilidad especulativa—, América estuviera cubierta de tinieblas, y era sabedor de los motivos por los que se carecía de información básica, la que reducía a la mitad del verdadero censo. Reconocía las diferencias étnicas de la población americana e, implícitamente, aceptaba que injusticia y discriminación pondrían en peligro la causa popular, necesaria para el triunfo del movimiento de independencia, y por eso evoca con mención respetuosa a las dignidades indígenas, y exalta el celo, verdad y virtudes de Las Casas, a quien llamó “amigo de la humanidad”, y cuyo nombre quería para uno de los pueblos liberados.

5 Kissinger, Henry, *Mis memorias*, 2a. ed., Buenos Aires, Atlántida, 1979, t. I, p. 51.

2. *Circunstancias de la revolución*

Entendía el concepto del colonialismo, como condicionante de la servidumbre y la clientela, alegando que no era posible que a un pueblo, feliz en recursos y capacidades, se le negara su libertad, sometiéndolo a restricciones, prohibiciones, estancos, monopolios y abusos de privilegios comerciales. Se queja de la mezquindad del régimen colonial, que ni siquiera tuvo la flexibilidad de transferir la administración local, como lo han hecho otras potencias coloniales para atemperar el peso de la dominación.

Se revela la profundidad de su análisis, cuando advierte las condiciones internas y externas propicias a la independencia. Por las primeras, sabía que la emoción de los pueblos era un decisivo factor para lanzarlos a la lucha, y por eso decía: “rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria”,⁶ como lo había ejemplificado la misma España al arrojar de su suelo a los hijos de San Luis y, por las externas, percibía las debilidades de la lucha colonial que, como entonces y en todas sus partes, termina por agotar al imperio dominador, lo que le permite exclamar:

¡Que demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados! pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política?

Obsérvese que Bolívar sabía las condiciones del momento y no las dejó pasar. El pueblo respondería al clamor de la independencia, porque ese era el signo de los tiempos: se habían liberado los americanos del Norte; se había sublevado el pueblo francés; los mexicanos, bajo el estandarte de la virgen de Guadalupe, lanzaban su grito de libertad. Profundo como era, comprendió que la nobleza criolla, aliada con el sentimiento

⁶ Ésta y las demás palabras de Bolívar aquí citadas, han sido tomadas de *Escritos políticos de Simón Bolívar*, Madrid, Alianza, 1975.

religioso y el contingente campesino, podrían emprender la lucha en un momento en que la potencia dominadora pasaba por problemas políticos domésticos, temores externos y falta de liquidez, agotada por sus guerras y estancada en su industrialización. Él entendía de relaciones internacionales, pues si a dicha teoría se le define por su objeto, “para lograr el establecimiento de una serie de principios válidos que hagan posible anticipar científicamente, con la precisión que lo permiten las ciencias sociales y frente a un conjunto de circunstancias dadas, cuáles pueden ser las probabilidades de una conducta determinada o de una pluralidad de conductas de un Estado”.⁷ Es evidente que había hecho cálculos muy apropiados respecto de las condiciones mundiales, efectivamente favorables para el movimiento emancipador de las colonias españolas, y, por ello, apuntaba con certeza que “la Europa misma, por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino porque este es el medio legítimo y seguro de adquirir establecimientos ultramarinos de comercio”. Cabalmente, ahora se habla de una teoría “empírica” o “causal”, que trata de analizar el comportamiento político y de identificar las principales variables, como la teoría del equilibrio de poderes, clave en las relaciones internacionales de los siglos XVIII y XIX.⁸ Asimismo, la escuela más extendida se refiere al realismo de la política internacional, en donde los intereses concretos objetivan las acciones de los Estados, y qué mejores posibilidades podría haber para las potencias marítimas que el acceso a los mercados americanos y, a la vez, qué mejores oportunidades se ofrecían al Nuevo Mundo que exportar al mercado europeo el añil, la grana, el café, el azúcar, el cacao, el algodón, el oro, productos que menciona como riquezas de estas tierras inmensas y vírgenes.

⁷ Burton, J. W., *Teoría general de las relaciones internacionales*, México, UNAM, 1973, p. 14.

⁸ Hoffmann, Stanley H., *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*, Madrid, Tecnos, 1979, p. 135.

3. *Latinoamérica integrada*

Siempre, en la dimensión de su dominio de las relaciones internacionales, lo tenemos planteando el regionalismo hispanoamericano como alternativa de la imposible unidad de la nación que, por no tener suficiente identidad del componente sociológico y lo vasto que entonces se figuraba el territorio incomunicado, supliría, por los mecanismos del consenso de varios países, la realidad de su dispersión.⁹ Esta es una anticipación a los intentos integracionistas de la segunda mitad del siglo actual, entendidos como un sistema en el que no se crea una unidad decisoria central, y en el que los Estados constituyentes conservan su independencia, pero que permite la formación de “comunidades de seguridad”, limitadas a lo económico pero con proyecciones más amplias, logrando una síntesis superadora de los viejos odios nacionales que se puede alcanzar cuando los Estados de la región dejan de prepararse para la guerra.¹⁰ Comprendía que la división latinoamericana era la causa de su debilidad militar, cultural y política, que la haría dependiente de los Estados Unidos y amenazada por la Santa Alianza.¹¹ Estas condiciones incapacitarían a la América Latina para enfrentar sus crisis internas, por lo que su subdesarrollo político apareja su rezago en lo demás. De ahí la notable anticipación de Bolívar de convocar a los gobiernos para reuniones de plenipotenciarios “que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin de nuestras diferencias”. La reunión de Panamá, no obstante que algunos impacientes la consideran un fracaso, por no haberse ratificado los convenios, ha sido para analistas, como el profesor francés Colliard, “el ancestro de la Sociedad de las Naciones y de una

9 Recaséns Siches, Luis, reconoce que Bolívar concibió la idea de una nacionalidad hispano-americana, *Sociología*, 6a. ed., México, Porrúa, 1965, p. 507.

10 Hass, Ernst B., *El reto del regionalismo*, Madrid, Tecnos, 1979, p. 273.

11 En esa época, en América ni siquiera Bolívar presentía el desafío ruso a escala mundial, advertido por Halford Mackinder hasta 1904, en conferencia pronunciada en la Real Sociedad Geográfica de Londres.

organización internacional de largo alcance”. La misma integración centroamericana fue prevista por Bolívar, al decir en una de las cartas de Jamaica: “Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación”, vinculándola nada menos que con la construcción de un canal interoceánico que acortaría las distancias del mundo y estrecharía los lazos comerciales de Europa, América y Asia. ¡Geografía económica entre tantas cosas de esa mente visora!

La visión universal que su sólida cultura le proporcionaba le permitía volver sobre los espacios continentales, para concebir la unidad de los pueblos en Estados de dimensiones mayores, como respuesta a una relación de poder, necesaria para coexistir, en un tiempo en que los imperialismos, las reconquistas y la dominación no estaban ausentes de los designios de las grandes potencias, y en que los nuevos e inexpertos países requerían de impulsos serios para alternar con las viejas y astutas cancillerías. Por ello rechazaba francamente al federalismo, al que consideraba la raíz de los males de la dispersión y la anarquía, y le espantaba la balcanización del sur, no obstante que alguna vez previó que en él había espacio para diez y siete países.

4. *Gobernar firme*

Propugnaba por gobiernos fuertes, lo que no quiere decir de fuerza, señalando, en su manifiesto de Cartagena, la debilidad y las vacilaciones como responsables de la fácil recaptura de la antigua colonia. En forma por demás irónica, decía que “tuvimos filósofos por jefes; filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados”. No debemos confundirnos con esta expresión, que es concepto de un estadista que sabe exactamente el lugar de cada cosa, pues, aunque Platón idealizara el gobierno de los filósofos, entendido es que Bolívar atribuye la filosofía como parte del saber de un político, pero no como su ocupación esencial. Sin embargo, los fracasos de él, más se deben a lo mucho que tuvo de pensador, quien supone que lo que para su mente cultivada era obvio, por lo

mismo sería comprendido por quienes, rodeándolo, resultaron incapaces de entenderle. Por eso no le siguieron en sus líneas básicas, porque la desafortunada incultura política de éstos, no les permitió desvincular lo mezquino de sus prejuicios de las visiones del Libertador. Creyeron que el poder vitalicio y el senado hereditario eran puro apetito de mando y que la dimensión americana era ansiedad de expansión, porque su ambición no cabía en los límites estrechos de una de las repúblicas, lo que francamente no era más que ánimo de institucionalizar, ennoblecéndola, una realidad por demás deformada por groseras tiranías vitalicias posteriores, impuestas, golpistas o continuistas, realizadas con burla del constitucionalismo, y sin ninguna calidad política que siquiera hubiera hecho adelantar económica y socialmente a los pueblos de la América Hispana. La evolución del pensamiento político habría hecho inevitable cambiar tal esquema hacia los sistemas democráticos y representativos, pero en aquella época transicional resultaba más genuino el proyecto bolivariano, que tendía a superar “el espíritu del partido”, del que siempre desconfió y al que finalmente no pudo dominar.¹²

Esa mente privilegiada, que captó tantos conceptos en tan pocos años de estudio, no obstante que en plena campaña nunca dejó de leer, y que dictó cientos de comunicaciones, redactó constituciones y leyes, y emitió proclamas de efectividad comprobada, era la de un estadista debidamente preparado para transformar a fondo la realidad social, cultural, económica y política de los pueblos, porque entendía de todo: como el principio constitucional, la estructura orgánica de los estados, el realismo de su presencia internacional, el carácter de los pueblos y los factores decisivos de su desarrollo, entre ellos la educación, que le permitía decir: “Moral y luces son los polos de una República”. Pero el estadista, cuando gobierna, necesita el instrumento del político, aquél y éste pueden coincidir, como en Lincoln o Julio César, cuya prematura

12 Ese mismo que rompió la unidad centroamericana y que, hasta la fecha, ha impedido desarrollar un programa que afronte decisivamente los principales problemas del país.

muerte los salvó del fracaso; pueden estar disasociados, como en Federico II o Catalina la Grande, que pensaban una cosa y hacían otra; o se pueden confundir, como en Napoleón y Bolívar.

5. *La talla del político*

¿Qué es un político, cómo debe actuar y qué debe hacer? Son cuestiones de difícil respuesta porque no cabe ninguna teoría respecto de lo que se modela con base en la intuición y carácter. El político que aspira a hacer el bien, realizando un proyecto histórico (por ejemplo: consolidando una revolución, perfeccionando la democracia, desarrollando un pueblo, transformando una realidad social) es un estadista. Pero también hay una clase política pragmática, capacitada para conservar el poder, desde cuya posición es más fácil convertir los conceptos en hechos, pero que requiere una paciencia y una astucia que no compagina con quien por su propia grandeza espiritual aborrece utilizar lo trivial y barato para convencer, pues no puede aceptar que se discuta lo patente de sus ideas, y se niega a tener que cortejar, adular o mentir para lograr su aceptación. Como lo decía aquel estadista, pero también mal político, que lo fue, don Manuel Azaña: “Tengo la resolución de no caciquear ni intrigar, y si alguien quiere ayudarme o seguirme en política será por otros estímulos”.¹³

¿Deberíamos suponer, por lo expuesto, que Bolívar fue un estadista genial, pero un político sin habilidades para completar su misión? Habilidad la tuvo, tanto como virtudes y cualidades de político, pero careció de la corrupción de éstas, es decir no pudo ser habilidoso, y cuando quiso serlo, lo hizo con relucencia, sin la fuerza de su voluntad, borrando luego, con un alarde imperioso, toda concesión que pudiera haber hecho a la banalidad.

Mario Efraín Nájera Farfán escribió con humor volteriano las “máximas”, con las que pretende aconsejar a los futuros

¹³ Azaña, Manuel, *Memorias políticas y de guerra*, 2a. ed., Madrid, Grijalbo, 1978, p. 107.

gobernantes, sobre las condiciones necesarias para su oficio. Siguiendo en lo sucesivo algunas de sus pautas, espero confirmar que Bolívar tuvo la calidad del estadista, en cuanto lo profundo de su ideación, y la talla del político, en relación a su carácter y voluntad, pero careció de paciencia para lo prosaico.

Nájera Farfán¹⁴ establece que hay tres clases de gobierno: los de “mano dura”, que se sostienen por el temor que imponen a los gobernados, son férreos y de estructura cuartelaria, y degeneran en mediocre dictadura o en burda tiranía. Los de “mano suave”, que se caracterizan por su benevolencia e inhibición. Son clementes, como tolerantes, pero no por su fuerza sino por su debilidad, son de los que se dice “un gobierno bueno, pero no un buen gobierno”; y, finalmente, los de “mano fuerte”, que son seguros de sí mismos, respetuosos de las libertades, no temen a la opinión pública, sino que en ella buscan un sostén, son tolerantes con los adversarios, pero no por debilidad sino por fortaleza. Mantienen incólume el principio de autoridad, porque lo hacen descansar en las instituciones y porque de pretender quebrantársele, tienen la capacidad y decisión necesarias para impedirlo, utilizando la fuerza con la energía que el caso exija. Indudablemente, Bolívar solamente podía hacer un gobierno de este tipo.

Respecto de las virtudes y cualidades de un gobernante, según la descripción del autor precitado, Bolívar las cumplía con exceso. En primer lugar, sabiduría. Esta cualidad era producto de su espíritu reflexivo y de su memoria prodigiosa. Hombre de estudio, incansable en la lectura, capaz de sostenerla en los intervalos mientras dictaba despachos y correspondencia, dominaba las ciencias políticas y sociales de su tiempo. Era un pensador que sabía transmitir con propiedad sus ideas, haciéndolo con una pulcra redacción, y sus conceptos eran propios, obtenidos por la ponderación de lo estudiado en los libros y en la vida; escritos hechos por él, y nunca por encargo, y con el objetivo de educar una generación. En seguida, fortaleza, que hizo evidente con sus hazañas admira-

14 Nájera Farfán, *op. cit.*, p. 52.

bles, su incansable trajinar —que ni siquiera para dictar le permitía estar en reposo, y que ya cerca de su muerte le impulsaba a picar los ijares del caballo. Fortaleza que le vio O’Leary: “Hacia mucho ejercicio. Nunca he conocido a nadie que soportase como él las fatigas. Tenía siempre buen apetito, pero sabía sufrir hambre como nadie. Prefería la vida del campo a la de la ciudad. Detestaba a los borrachos y a los jugadores y a los embusteros”. Hablaba con propiedad y era un gran conversador, y si de sus escritos y de los testimonios de los que le conocieron se extrae lo que expresaba, es indudable que su habla era de conceptos no de fraseología. Pero además era sugestivo, en tal forma que iluminaba y convencía a otros idealistas que estaban en sintonía con su pensamiento superior. Así se explica el misterio de la entrevista privada con San Martín, en la que uno de los dos grandes hubo de partir para no estorbar la causa libertadora,¹⁵ y así se entiende también la mal disimulada admiración que Morillo hubo de sentir por él. Otra cualidad del político es la de saber escuchar. No sé si Bolívar tuviera paciencia para ello, pero esto casi siempre es un atributo de la buena educación.

Pero el político no sólo actúa individualmente, puesto que su actividad se relaciona con otros hombres de Estado, colaboradores, servidores, amigos, administradores y observadores. En este campo, uno de los factores por considerar es el de la adulación, de la que Bolívar no quedó a salvo, porque en sus grandes momentos de triunfo y de gloria la recibió prodigiosamente, pero no sé si con su tolerancia. Los amigos, que pueden influir tanto en las decisiones de un gobernante, son tan necesarios para que éste pueda romper el angustioso aislamiento y poder encontrar formas de desahogar confidencias, pero se advierte de los peligros del amigo falso, aquel que quiere el bien del gobernante, en la medida que eso sea en beneficio de su propio interés. Ignoro de los amigos de Bolívar, porque se le enrostra a él que al final no haya tenido ninguno, pero ¿no es acaso injusto endilgarle haberlos perdido y no

¹⁵ San Martín fue fiel a la máxima que rigió su vida, “fue lo que debía ser” y antes de ser lo que no debía, prefirió “no ser nada” (Gregorio Marañón).

censurar a éstos por haber dado el motivo para el enojo? ¿No estaba Patroclo obligado con Héctor para hacer patente el verdadero sentido de la amistad? ¿Por que se le exigía a Bolívar la obligación unilateral de la amistad? En este aspecto, José Palacios, el liberto, le quiso sin pedir cortesías y halagos como recompensa a su devoción. De consejeros y colaboradores, de los que dice Nájera deben ser pocos pero bien seleccionados, “para comprender lo múltiple y complejo de los negocios públicos”, tampoco sé que los haya tenido de máxima confianza, siendo que los mismos resultan necesarios porque, como dice el ya citado Kissinger, “un presidente necesita asesoramiento substancial, pero también requiere socorro emocional. Debe saber que sus consejeros son fuertes y que confían en sí mismos, pero también debe sentir que le tienen compasión por el aislamiento y las responsabilidades de su cargo y que no aumentarán voluntariamente sus cargas psicológicas”.¹⁶ El escritor guatemalteco, que vengo citando, señala que “todo gobernante inicia su mandato en circunstancias propicias y sin embargo, muy pronto se le vuelven adversas” y que la “política es una realidad incompatible con todo método experimental y cuando en ella se actúa, no se miden los actos de gobierno por las intenciones de quien gobierna, sino por los resultados”. Tomando en cuenta éstas premisas, no hay duda que Bolívar no pudo evitar la impopularidad, porque él no sabía comprarla con el dinero del pueblo ni con la deuda pública que aborrecía, ni simpatizaba con la burocratización, y denunciaba la disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales. Tampoco pudo perpetuarse en el mando, teniendo la virtualidad ideológica para merecerlo y que tanto tiranuelo, como los llamó, obtuvieron sin mayor esfuerzo y sin ningún beneficio para los pueblos. Pero esa habilidad —tan sencilla para los Rosas, los Francia, los Díaz, los Estrada Cabrera— fue en Bolívar una verdadera ineptitud, pero fue esa ineptitud la que hizo, afortunadamente, resplandecer su grandeza como estadista y como libertador.

¹⁶ Kissinger, Henry, *op. cit.*, p. 35.